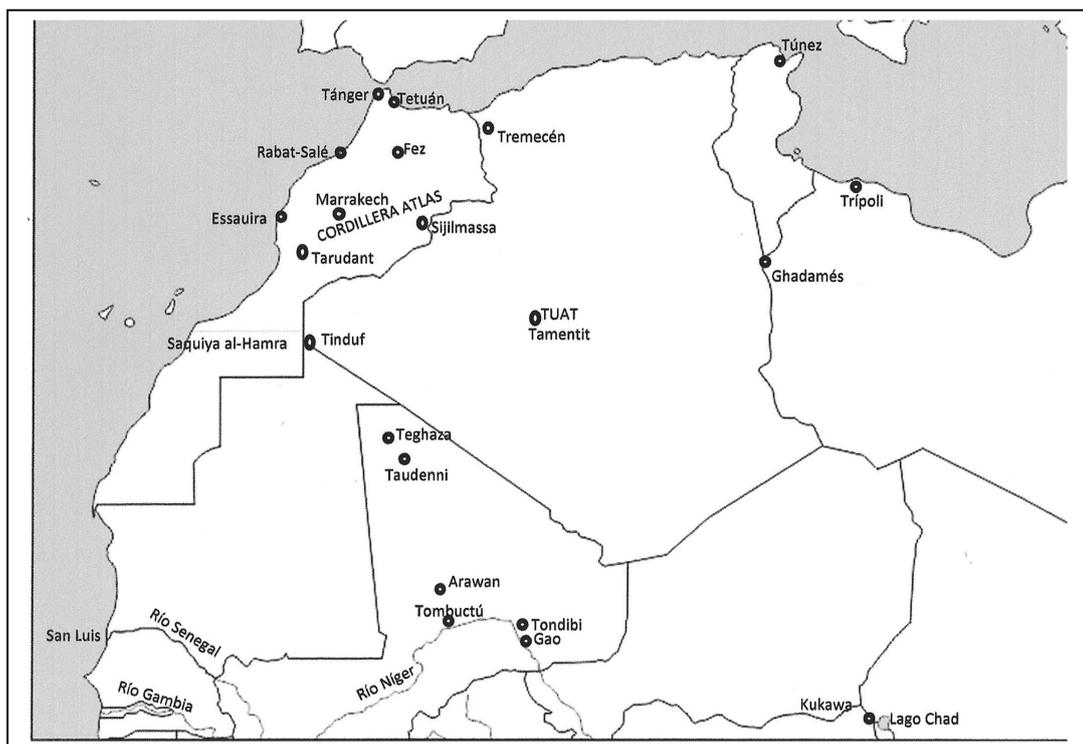


EXPLORADORES EUROPEOS EN TOMBUCTÚ

Luis Temboury

Cuando mi amigo Antonio Llaguno me propuso una conferencia para presentar a los principales viajeros europeos que llegaron a Tombuctú me encontré frente a un tema inabarcable pensando que al estudiante español le interesaría conocer esos personajes que se llevaron la fama de haber hollado la mítica ciudad, sin embargo también consideré que limitarnos a lo que nos cuentan los libros convencionales de historia de África sería una lamentable pérdida de perspectiva, por cuanto nos dejaríamos atrás todo el papel que, como españoles, tuvimos y quedó silenciado desde la mirada de los colonizadores de la región. Por consiguiente, tendríamos en primer lugar que definir lo que sería posible incluir en esos tres sustantivos del título. Entiendo por exploradores aquellos viajeros que fueron a recorrer territorios con intenciones muy concretas, en las que enseguida entraremos, pero sin otro resultado que recopilar información de carácter literario y cultural que servirá para narrar por escrito su experiencia. Es decir, quedarían descartados los comerciantes, personas esclavizadas, militares y todo aquel que, a pesar de haber estado por allí, nunca escribió sobre su experiencia. Lidiamos también con el término europeo, en el sentido de persona nacida en Europa. Quienes escribieron la historia de los exploradores de África afirman que el primer europeo que pisó y regresó con éxito de Tombuctú fue **René Caillié**, como si no fueran europeos de pleno derecho los moriscos renegados que gobernaron Tombuctú para los sultanes marroquíes. Tenemos atragantada una parte fundamental de nuestro pasado al considerar que fuimos invadidos durante ocho siglos por unos extranjeros que no “éramos nosotros”; y no nos vendría mal digerir correctamente la historia para ajustarnos a la realidad como la ven desde fuera: cualquier nacido en la península es español, sin importar siglo, apariencia o creencia. Por suerte hoy contamos con académicos que tratan de aplicar un digestivo que nos permita asimilar los ocho largos siglos de reinos musulmanes, descartados en la tradición española, como cualquier otro componente sustancial de la historia de este territorio, pues, como comprobaremos, para los exploradores que estuvieron en Tombuctú, los arma no serán más que descendientes de los árabes que invadieron la península en 711. Finalmente, pienso que ceñirnos a los que pisaron Tombuctú nos limita también bastante, pues no fueron pocos los insensatos que partieron con ese destino pero se quedaron



por el camino o recalaron en otras ciudades. Propongo, por tanto, una lectura alternativa a lo que habitualmente abarca el acostumbrado título, ofreciendo una panorámica extensa de forma que, sacrificando el detalle, cargaremos el contenido y así podremos mencionar los más importantes personajes que anduvieron por la región del río Níger, centrándonos en especial en la experiencia de los españoles. De este modo, el interesado podrá siempre indagar desde una amplia información de partida.

No cabrían en estas líneas los mercaderes e informadores anónimos que, en el Siglo XI, suministraron al erudito Abú Ubayd al-Bakri la información de los reinos sudaneses que, sin salir de Córdoba, nos transmite en su *Libro de los caminos y los reinos*, fuente esencial para abordar el estudio del Imperio de Ghana y la expansión de los Almorávides desde el *ribat* primigenio junto al río Senegal. Ni siquiera, a nuestro pesar, podremos sumar al destacado poeta y alarife granadino Abú Ishaq es-Sahili, ya que llegó al río Níger en 1325 contratado por Mansa Mousa y allí fue enterrado legándonos una obra centrada en la poesía. Tampoco podríamos incluir a su coetáneo tangerino, el célebre viajero Ibn Battuta, a pesar de la valiosa información que nos ofrece en la *Rihla* sobre el Imperio del Mande en los tiempos de Mansa Suleymán. Avancemos pues hasta el Renacimiento europeo, para encontrar las primeras noticias. Durante el siglo XV podremos incluir un puñado de viajeros que mencionan Tombuctú y las sociedades del Níger. **Anselme de Isalguier** nació en una rica familia de Toulouse. Había recorrido medio mundo y aprendido botánica, árabe y turco, cuando se embarcó hacia el Sahara occidental para unirse a una caravana y recalar en Gao en 1402, en tiempos de la dinastía sonni. Durante doce años vivió allí en el entorno de la aristocracia y los comerciantes, recopilando abundantes notas etnológicas y botánicas, y preparando un diccionario multilingüe de la lengua árabe, sonray y tamashék, con traducción al inglés y francés, que completó a su regreso. Tomó por esposa a una princesa llamada Salú Kases con quien tuvo una hija. Tras dar por finalizada su estancia, la familia junto con seis esclavos viajó de vuelta a Toulouse en 1413 causando gran sensación entre los vecinos. Se discute aún si su figura y viajes son verdaderos.

Antonio Malfante fue un genovés que en 1447 emprendió un viaje de Tremecén a Sijilmassa y de allí a los oasis de Tuat por cuenta de un banquero, con intención de indagar sobre el origen del oro y valorar la posibilidad de participar en el negocio. En un extenso informe postal en latín publicado en 1919 narra su experiencia y reproduce la información recibida de su anfitrión en la ciudad fortificada de Tamentit, donde se encontraba una comunidad de hebreos dedicada a financiar y fiscalizar el comercio bidireccional de los productos caravaneros, mencionando el oro, los esclavos, la sal gema, la cebada, el cobre y la manteca de karité. Enumera diversos reinos y describe las ciudades del río como un rosario de puertos comerciales incluyendo Tombuctú, que sitúa cercano a la ribera.

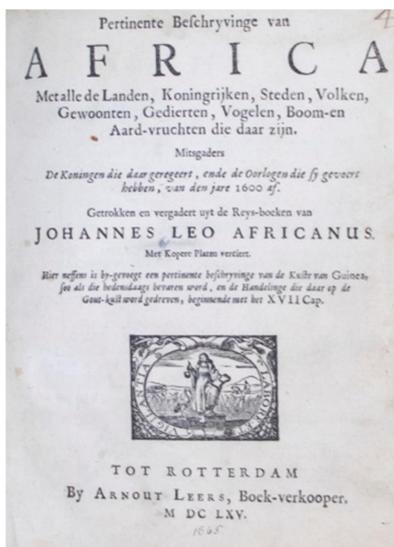


Alvise da Cadamosto

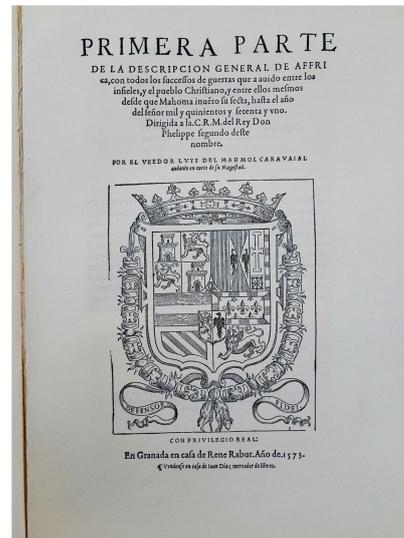
Alvise da Cadamosto, mercader y navegante veneciano al servicio del rey Enrique el Navegante que, junto a **Antonio Ursodimare**, realizó dos viajes entre 1454 y 1456 inspeccionando los ríos Senegal, Gambia, Casamancia y las islas de Bissau, conviviendo con los lugareños e intercambiando productos a cambio de esclavos y oro. Su aportación viene a rellenar el periodo de expansión portuguesa en el Atlántico, es siempre concreto y fiel a la realidad, dejando a su pesar algunos detalles erróneos producto del relato de informantes poco veraces. Está centrada en la información náutica de la costa para ofrecer datos a futuros navegantes, no obstante habla de caravanas de gente de Mali que comercia el oro con la sal a través de Tombuctú, describe con bastante detalle el interior identificando grupos culturales de distintas lenguas, mencionando itinerarios, nombrando ciudades y pueblos, recursos comerciales y transporte de mercancías, mostrando una mentalidad moderna, ya renacentista, que mantiene los habituales estereotipos medievales, pero está tan desprovista de prejuicios raciales como repleta de expresiones de asombro al describir plantaciones, organización social, seguridad ciudadana y redes comerciales a larga distancia. La trata atlántica aún no estaba en marcha y el discurso de superioridad eurocentrista todavía no se había impuesto.

El más temprano de los representantes españoles de nuestra lista debería ser el granadino **Hassán al-Wazzán**, el célebre León Africano. No entraremos en su conocida y accesible biografía ni en explicar el libro, más que un viaje narrado, un compendio estructurado escrito con posterioridad, por sugerencia del papa en 1526. En *Descripción general de África* dice que estuvo en dos ocasiones en la región, gracias a los manuscritos de Fondo Kati sabemos que en Gao conoció al jurisconsulto Mahmud Kati al-Silanké. Los datos que aporta son de interés puesto que retrata el reinado de Askia Mohamed Sila con sus luces y sombras un siglo antes de la llegada de Yawdar. Tras haber atravesado el Sahara describe primero Walata dando una pobre imagen del enclave caravanero, para, a continuación, acercarse a Yenné y descubrir una rica ciudad de casas revestidas de adobe, donde se dispone de abundancia de alimentos y donde los elegantes y acaudalados mercaderes realizan sus transacciones comerciales con Tombuctú utilizando el oro al peso como valor de intercambio. Desde allí remonta el río Sankarani para dirigirse a la ciudad de Mali, donde vive el soberano del reino rodeado de su corte y ricos comerciantes que envían sus mercancías a Tombuctú. En los mercados no falta la comida y se trabajan numerosas artesanías; además son todos musulmanes y los “más civilizados entre los negros”. Desciende el cauce y de Tombuctú dice que es una ciudad moderna y sin murallas, con pozos de agua dulce y casas, como las de Yenné, de adobe y techo de paja. Está alejada del río, pero durante los meses de crecida el agua entra hasta la ciudad por un canal, hoy visible pero cegado. Menciona el Madugu, palacio de los monarcas del Mandé, y la gran mezquita del barrio de Yingerey-Ber, ambas edificadas por orden de Mansa Mousa, señalando que fueron construidas por un alarife granadino del siglo XIV que ya hemos mencionado: Abú Ishaq es-Sahili. En sus calles se encuentran numerosas tiendas y almacenes de artesanos y mercaderes donde se exponen numerosas mercancías procedentes de los mercados sudaneses, magrebíes y europeos, en concreto hace referencia a la abundancia de ganado y cereal, así como algodón biológico de la región. Sus habitantes son de carácter alegre, salen de paseo al anochecer y viven con holgura, en especial los extranjeros. El gobierno de la villa está muy bien organizado, aunque lamenta que no encuentra judíos, ya que el monarca es su enemigo y no los quiere en la ciudad. Aprecia, por otro lado, que son musulmanes y tienen numerosos cadíes, imanes y alfaquíes, y termina su descripción con un comentario que ha interesado en especial a quienes se ocupan de los manuscritos del Sahara: “...también se venden muchos libros manuscritos traídos de Berbería...” a precio bastante caro al parecer. De Tombuctú se dirige finalmente a la capital del Imperio Sonray por vía fluvial desde el puerto de Kabara, del que dice que es un centro de distribución de mercancías repleto de gentes muy diversas. La capital Gao le parece una ciudad en extremo rica, con grandes mercados repletos de alimento adonde acude gente de toda procedencia a comprar con oro el caro producto importado, y donde se ofrece toda la variedad de esclavos. Los mercaderes y aristócratas son muy ricos y viven

rodeados de lujos y servidores. Afirma que es ciudad más civilizada que Tombuctú, con muchos pozos y también sin muralla, y tiene un palacio para el monarca distribuido en varios patios y habitaciones.

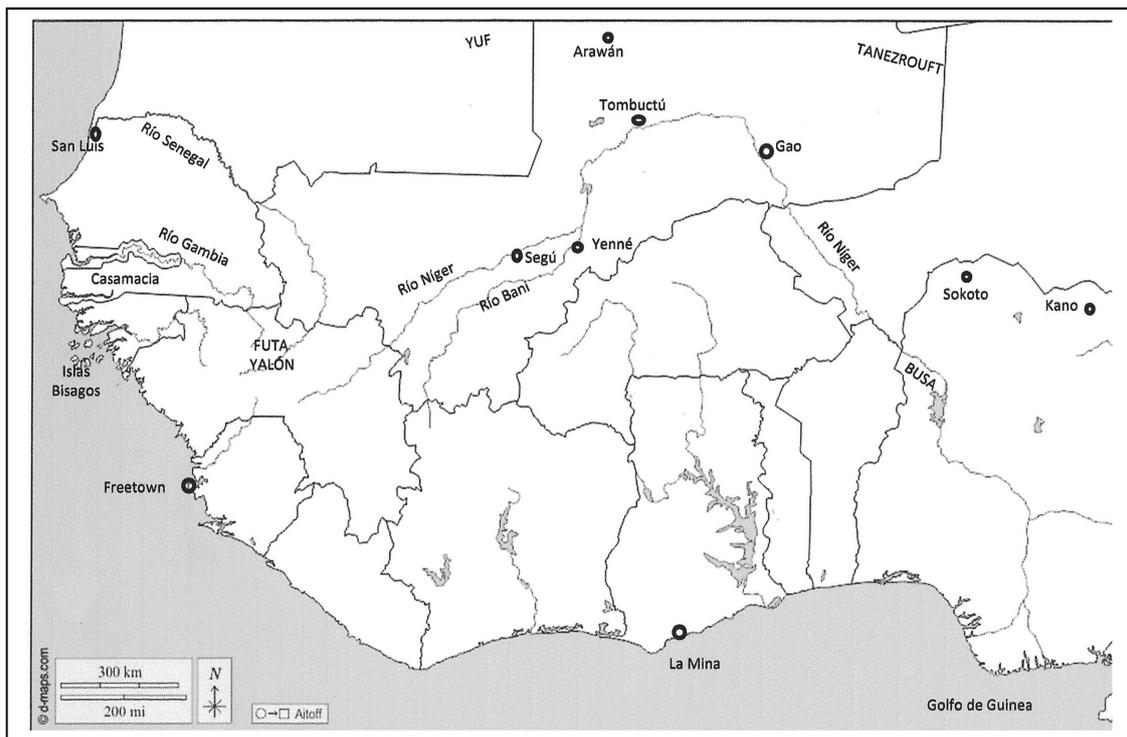


Hassan al-Wazzan



Luis del Mármol

El segundo para nosotros sería **Luis del Mármol y Carvajal**, cuya obra *Descripción general del África* debemos considerar: "...como una de las aportaciones a las que Europa debe el conocimiento del norte de África, colocando a su autor en lugar preferente entre los geógrafos que primeramente la dieron a conocer". Granadino nacido en torno a 1520, se discute si de origen morisco, desde joven mostró interés por conocer el mundo y una de las formas de hacerlo era alistarse, de manera que participó en las campañas marítimas de Carlos V hasta caer prisionero en manos de los turcos de Túnez alrededor de 1545. Al haber sido propiedad adquirida por diversos mercaderes, como esclavo recorrió la ruta de Saquiya al-Hamra hasta Casamancia para después salvar la distancia a Egipto, lo que le permitió, ya en tiempos de Felipe II, en su finca de Vélez Málaga completar una detallada descripción ordenada de la franja magrebí, sahariana y saheliana. No tenemos mucha información de sus desplazamientos, pero sabemos que una vez libre continuó moviéndose en el interior de África. De Tombuctú y la región que nos ocupa refleja su estrecha relación comercial con Marruecos, de donde reciben numerosas mercancías incluyendo la sal que las caravanas aprovisionan en Toghaza. Las llanuras de la ribera del Níger le parecen muy fértiles para el pasto, el ganado y el cultivo de garbanzo, mijo, ñame, habas, cebolla, pepino, calabaza y otras hortalizas. Todo esto, junto al vino de palma y la pesca que ofrece el río, garantiza la alimentación. Con tiempo para, al menos, aprender árabe y balbucear lenguas locales, opina que los habitantes de estas regiones se organizan por medio de la razón y entre ellos hablan la lengua sonray. Otro de los temas que discute, piedra de toque de cuantos escriban sobre el Sudan occidental hasta el siglo XIX, será la cuestión del río Níger. Se desconocía en Europa su recorrido y desembocadura, por lo que, atendiendo a la tradición en árabe, cree que los ríos Senegal y Gambia forman un cauce con el Níger, y que evidentemente sus aguas corren hacia poniente. Con semejante confusión, sostiene que el Níger y el Nilo también forman parte del mismo sistema fluvial, pero tienen un enorme lago interpuesto que divide las aguas, en referencia al lago Chad. Describe para el ejército saadiano la misma formación de combate de origen turco, en forma de media luna, que en 1591 habrá de utilizar Yawdar en Tondibi. No entiende las creencias religiosas de los animistas y, como cualquier monoteísta, opina que adoran piedras, el sol o el fuego.



A partir del siglo XVI se van a compilar las célebres crónicas de Tombuctú, mientras en el exterior la literatura sobre la curva del Níger va a continuar siendo frecuente, pero escrita a distancia. Tenemos reportes, informes y cartas sobre la situación del gobierno árabe o la rentabilidad del comercio transahariano entre los archivos de los sultanes marroquíes y los beys turcos de Túnez, pero aunque suponemos que están realizados desde el bajalato o a partir de la experiencia de mercaderes, no consta autoría. La mayoría de los textos escritos por europeos se dedican al tema de la lucrativa trata atlántica sobre la costa y la descripción de la personalidad y condiciones que exige el monarca con quien comercia cada factoría. El tratante estará autorizado a instalarse en el litoral, pero no tiene permiso ni capacidad para avanzar hacia el interior; la captura y venta de personas corre a cargo de la autoridad local o de bandas criminales que asaltan poblados. América, “descubierta” en 1492, había quedado en el plazo de un siglo bajo el poder de estados europeos, el poder político eliminado y sustituido salvo en regiones remotas. Por el contrario África, que siempre había estado en el mapa, no se podía invadir ni colonizar, los africanos no se dejaban. Desde finales del siglo XVIII, a caballo de los cambios sociales y revoluciones, en Europa se desató una enloquecida carrera por reconocer los territorios africanos, empresa arriesgada vista la alta siniestralidad. La historia lo cuenta de forma simplificada como si fuera la iniciativa de personajes aventureros en busca del premio que ofrecían las sociedades geográficas por describir asuntos como el cauce del río Níger o el comercio del oro en Tombuctú; pero, aunque estuviera entre los objetivos, no solo se arriesgaban para acceder a la ciudad. Hemos estado exponiendo cómo los textos se centran en los recursos, al parecer infinitos, que aparte del oro podía ofrecer el continente para, resulta chocante, la buena marcha de la economía no africana sino europea. Con países superpoblados por personas sin empleo y la paulatina abolición de la Trata Atlántica, el capital no tendrá suficiente con las plantaciones americanas y buscará alternativas para implementar su negocio y aprovechar la abundancia de mano de obra, poniendo en marcha nueva industria a partir de los recursos ajenos. El factor portugués Joao de Barros, en la factoría de San Jorge de la Mina, lo expresa en un informe con aplastante claridad: “Guinea nos da oro, marfil, cera, azúcar, pimienta, guindilla, y nos daría muchas más si pudiéramos penetrar en su interior”. La necesidad creada y la idea en el ambiente, la carrera por “descubrir” África estaba en marcha. Por otro lado, es preciso llamar la atención sobre el evidente cambio de óptica que encontraremos desde finales del siglo XVIII. Tres siglos de Trata Atlántica, poniendo en duda la humanidad de los apresados, habían sido más que suficiente para normalizar un discurso de claro corte racista respaldado por el eurocentrismo de la filosofía imperante. Mientras los

primeros europeos de los siglos XV y XVI mostraron admiración por el cultivo del arroz en Casamancia o la insospechada seguridad ciudadana en la capital de Benín, el hombre de la Ilustración despreciará cualquier otra cultura que encuentre, en África y el *Far West*, estableciendo una relación de superioridad patológica. Se inicia una fiebre del oro en la que nada podrá refrenar el afán de riqueza ni corregir la falta de respeto hacia las personas que habitan en territorios susceptibles de ser descubiertos y dominados. Expulsión y reservas para el piel roja; al hombre negro habrá que redimirlo de sí mismo, aportando una civilización superior y una religión verdadera. No perdamos de vista tampoco que las otrora ricas ciudades sudanesas van a aparecer devastadas.

Si repasamos los relatos de los exploradores europeos del siglo XIX podemos comprobar que tan solo se contemplaron dos maneras de avanzar hacia el interior: disfrazado y de incógnito, haciéndose pasar por musulmán, o bien armado hasta los dientes, acompañado de tropa o en solitario. Esta segunda opción abocada al fracaso fue la elegida por **Mungo Park**, médico militar escocés que, tras darse por perdido al comandante Houghton, fue enviado en 1795 por la African Association de Londres. En su obra deja clara su intención: “proporcionar a mis compatriotas un mayor conocimiento de la geografía de África y poner a disposición de su ambición y su industria nuevas fuentes de riqueza y nuevas vías para el comercio”. Sus dos viajes desde el río Gambia fueron escritos como una suma de calamidades. El primero, junto con un guía y un esclavo, le condujo hasta Segú y concluyó estableciendo el curso del río Níger hacia levante regresando a salvo, gracias a la ayuda desinteresada de diversos individuos a pesar de las suspicacias que levantaba. En el segundo, en 1805 al frente de una división de cuarenta hombres con otros tantos burros para acarrear armamento e intendencia, tiñó el Níger de rojo disparando contra todo aquel que se les acercara, y no solo se le pasó de largo Tombuctú río abajo en busca de la desembocadura, sino que finalmente murió en batalla en los rápidos de Busa.



Mungo Park



Alexander Gordon Laing

La carrera por reconocer recursos por momentos llegó a ser casi una competición, en especial conforme vayan cayendo expediciones por asaltos o enfermedades. De 1819 a 1824 el joven teniente **Alexander Gordon Laing** se dedicó a realizar breves incursiones hacia el interior desde Freetown, capital de la República de Sierra Leona, identificando las fuentes del Níger en el Futa Yalón pero sin autorización para descender la cuenca, puesto que se consideraba más factible la ruta desde Trípoli. En efecto, mientras tanto, tres aventureros entre quienes estaba **Hugh Clapperton**, habían partido de Trípoli en 1822 hacia Tombuctú. Nada se torció hasta que alcanzaron el reino de Kanem-Bornú y el lago Chad, cuando las fiebres acabaron con el jefe de la partida. Los dos restantes bajaron hacia la capital de Hausa, Sokoto, donde el sultán Mohamed Belo les impidió continuar. Sin otras opciones, consiguieron regresar con vida

al Mediterráneo y a casa. Su reaparición fue considerada un éxito, aunque no habían logrado el objetivo. En 1825 **Laing** dio su brazo a torcer y accedió a emprender la ruta desde Libia con seis acompañantes, al tanto de la noticia del regreso de **Clapperton**. Tras partir por el camino de Ghadamés, descansaron unos días para retomar hacia el corazón del Sahara, en aquellos tiempos un territorio donde reinaba la impunidad. Engañados por una partida de bandidos tuareg, una noche la expedición fue asaltada, robada y **Laing** fue gravemente herido en su tienda. A pesar de sus penosas heridas y con cierta prisa porque **Clapperton** no se le adelantara en su segundo intento, **Laing** continuó con los que quedaron y alcanzó Tombuctú en agosto de 1826 henchido de una emoción y júbilo que comenzó a desvanecerse tan pronto inspeccionó y se percató de la decadencia de la ciudad. Acogido por el pachá **Uthman ben Abubakar** y medio recuperado en una vivienda que hoy muestra una placa con su nombre, su última misiva informó de que había tenido la ocasión de consultar abundantes fondos bibliográficos, pero que, visto el escaso interés de la ciudad y del peligro que corría su vida, emprendía el regreso. Nunca se desprendió de su ropa occidental ni de su armamento, hizo continua ostentación como representante del rey británico, enviado para descubrir las maravillas que supuestamente ocultaba la ciudad, y llamó excesivamente la atención alzando mapas sin ocultarse a las miradas; tal vez por esto, a los pocas jornadas de emprender camino con una pequeña caravana, fue asesinado por sus propios compañeros. Un esclavo superviviente fue quien finalmente pudo narrar su suerte fatal, pero ya en 1828 al alcanzar Trípoli. Mientras **Laing** estuvo en Ghadamés, efectivamente el tozudo **Clapperton** había emprendido su segundo intento desde el golfo de Benín al tanto de la travesía de su compatriota. Con un puñado de porteadores alcanzó Sokoto, donde de nuevo fue recibido por Mohamed Belo con mejor disponibilidad para dejarle continuar. Sin embargo, la disentería le superó y murió en 1827, siendo allí enterrado según el rito anglicano por uno de sus compañeros.



Hugh Clapperton

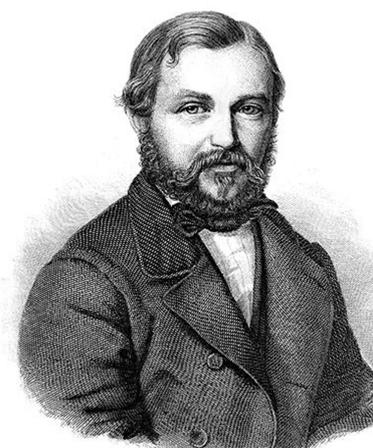


René Caillié

Tras muchos intentos, finalmente alguien consiguió lo que para muchos parecía imposible y para otros era verdadera obsesión. Con apenas diecisiete años **René Caillié** partió hacia San Luis de Senegal, según sus palabras, “para rellenar los huecos desconocidos del mapa y otorgar a su país el mérito de haber desvelado el secreto de Tombuctú”. De 1816 a 1822 trató de unirse a alguna expedición militar hacia el interior hasta que lo consigue, realizando dos intentos frustrados a causa de los insalvables problemas que encontraban frente a los jefes con quienes debían negociar a cada paso. Sesenta hombres uniformados y treinta y dos camellos cargados de armas y vituallas no solo despertaban enorme suspicacia, la codicia y la desconfianza truncaban el lento avance como una pesadilla que se repitiera.

Mientras superaba unas fiebres palúdicas, **Caillié** tuvo tiempo de reflexionar y considerar los inconvenientes de una gran expedición militar, y así comenzó a plantearse un viaje en solitario, haciéndose pasar por un egipcio que, tras haber sido hecho prisionero por Napoleón, fue liberado de su servicio y ahora regresa a casa convertido en próspero mercader. Para lograr su objetivo, en 1824 se instaló en Podor, un enclave fluvial del bajo Senegal donde vivían comunidades que hablaban árabe. Durante un año aprendió el Corán y la lengua, costumbres y rituales islámicos, renegó de su fe cristiana y adoptó el nombre de Abdallah. Pero, una vez que dio por concluida su preparación, de regreso en San Luis el gobernador desestimó su proyecto como una locura. Muy al contrario, **Caillié** no se dio por vencido y viajó a Freetown en 1826 pero tampoco encontró financiación, de manera que, ni corto ni perezoso, decidió financiarse él mismo y se puso a trabajar durante dos años, convencido de que algún día lograría su objetivo de alcanzar Tombuctú y así, con el dinero del premio ofrecido por la Sociedad Geográfica de París, devolver sus deudas sin problema. Finalmente en diciembre de 1827, cargado de mercancías se unió a una caravana en dirección al alto Níger, convenciendo a todos de su ficticio relato. Ya en 1828 descendieron hacia el río Bani y alcanzaron Yenné, que describió como ciudad bien surtida, bulliciosa y siempre efervescente, a causa del gran volumen de negocio que mueven los potentados mercaderes. Allí también se enteró de la suerte de **Gordon Laing**; la constante aparición de extranjeros armados debía ser un tema habitual desde la recordada hecatombe de **Mungo Park**. En marzo se subió a una pinza perchera que, cargada de comida, enseres y esclavos, descendía por el delta interior hacia Tombuctú para adquirir la sal del Sahara. La fecha es 20 de abril de 1828. Sin embargo, el mayor secreto de Tombuctú era que ya no cumplía la función de centro caravanero y, por tanto, era una villa semiderruida, abatida, despoblada y en decadencia, nada comparado a Yenné. En su entristecida obra, escrita al regreso, describió el desengaño sufrido frente a sus propias expectativas y ensoñaciones, le obsesiona un desierto que se impone mientras un puñado de hombres soñolientos echa una partida sentado sobre la esterilla. Fue acogido e instalado frente a la casa de **Laing** por el mismo pachá **Uthman ben Abubakar**, y allí se encuentra una placa que confirma su estancia. Para el francés, el último pachá de los arma no será más que “un moro”, un marroquí. Siguiendo el consejo de este, y para no desmentir su relato estratégico, se unió a una caravana que principalmente transportaba oro y esclavos hacia el Marruecos alauita. En principio en Tánger apenas nadie quiso prestar la más mínima veracidad a un andrajoso surgido de las arenas, le costó convencer a los concienzudos geógrafos parisinos, pero la contundencia, coherencia y el detalle de su experiencia, fue suficiente para ganar el premio, pasar a la historia y obtener el reconocimiento de la república.

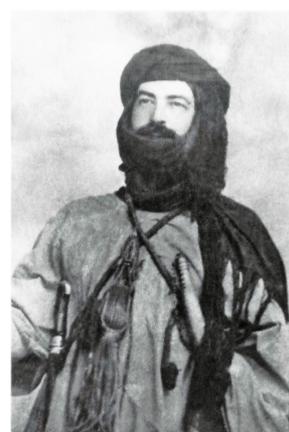
Los británicos habían quedado en un segundo plano a su pesar, aunque siempre dudando de la veracidad de **Caillié**. En consecuencia, continuaron enviando expediciones reducidas con expertos en diferentes materias, cargados de baratijas para facilitar el avance y otorgar el presente de respeto a los poderosos. En marzo de 1850 partieron de Trípoli tres hombres entre quienes se encontraba **Heinrich Barth**, un alemán geólogo, arqueólogo y arabista, contratado por su experiencia en Oriente Medio, con objeto de establecer acuerdos comerciales y reunir datos históricos, geográficos y geológicos, de la región del lago Chad y del país Hausa. En Kukawa murió el líder de la expedición, de manera que **Barth** continuó al mando hasta alcanzar Kano y Sokoto, donde en 1852 descubre y consulta una copia manuscrita de *Tarick as-Sudán*, de Abderramán as-Saadi. Ese mismo año, disfrazado de turco, emprendió viaje hacia Tombuctú, relegando el curso bajo del Níger y su desembocadura para futuras expediciones. Le causa gran impresión Gao, más por su pasado glorioso que por el derruido aspecto de la capital, y finalmente 1853 entró en la villa misteriosa como único miembro restante de la partida, corroborando en primer lugar la peripecia de **Laing** y confirmando el relato de **Caillié**. No hace falta repetir que la ciudad le pareció dormida, en un estado de abandono y pobreza mayor que las ciudades visitadas en su periplo; el único comercio que aun funcionaba dando beneficio eran los esclavos. Allí fue acogido por el kahiya **Ahmed al-Bakkay**, un kunta supeditado al gobierno peul de Hamdallahi, en el mismo momento en que la segunda ola de yihadismo del tukoror Al-Hadj Omar Tall, en este caso no Qadirí sino Tidyaaan, arrasaba y desarticulaba la curva del Níger. En 1855, con cinco años de viaje a su



Heinrich Barth



Oscar Lenz



Cristóbal Benítez

espalda, el fatigado **Barth** reaparecía en Trípoli por la misma ruta, cuando ya todos le daban por muerto. Fue el primer “inglés” en regresar con vida, ganando todos los reconocimientos.

Para finalizar sumaremos la figura de otro español que estuvo en Tombuctú antes de la ocupación colonial. **Cristóbal Benítez** nació en Alhaurín de la Torre, Málaga, aunque muy pronto sus padres emigraron a Tetuán durante el bienio de soberanía española logrado con el Tratado de Wad-Ras, entre 1860-1862, buscando participar de los incentivos que ofrecía la industria del corcho. El niño creció en una ciudad que se podría calificar de marmita donde convivían las distintas formas de ser español que no tuvieron esa oportunidad en la península; pues allí se encontraban cristianos nacidos en Málaga, descendientes de los moriscos expulsados en el siglo XVII, familias de mudéjares emigrados por la presión de Castilla y una gran colonia de judíos sefarditas, todas comunidades que reclamaban su procedencia hispana y manejaban distintas expresiones del castellano. Desde niño aprendió *dariya* y chejla bereber y se interesó por el mundo que le rodeaba, como él mismo cuenta en sus escritos, siempre soñó con atravesar el desierto y visitar los países de Bilad es-Sudán. Al cumplir veintitrés tuvo una inesperada cita en el consulado alemán de Tánger, el cónsul le proponía tomar parte en la travesía que un geólogo alemán, **Oscar Lenz**, tenía previsto realizar viajando de Marruecos a Tombuctú y Senegal al servicio de la industria metalúrgica. En su opinión, **Benítez** sería la única persona que podría abrir la ruta a los estudios del geólogo. Con la experiencia de haber recorrido hasta las fronteras del Sahara con indumentaria marroquí, era consciente de los peligros que correrían dos cristianos fáciles de identificar. Tras largas conversaciones con **Lenz**, la estrategia ideada por **Benítez** fue organizar una pantomima que requería grandes dotes de interpretación: simulando tres personalidades ficticias, contrataron a un personaje, Alí Butaleb, de elegante apariencia y esmerados modales, que se haría pasar por jerife en viaje privado de negocio. El mismo **Benítez** actuaría en calidad de mayordomo y responsable de los asuntos de su señor, mientras **Lenz** tendría que guardar discreción interpretando un médico del ejército turco, todos vestidos a la última moda en Estambul. Para mencionar el viaje de **Lenz**, por tanto, preferimos el entretenido y apasionado relato del tetuaní, mejor que el concienzudo trabajo del germano, introduciendo de este modo la figura de dos exploradores de Tombuctú. En 1879 partieron de Tetuán con destino a la capital del desierto pero sin ruta establecida; **Lenz** pretendía reconocer la cordillera y se moverían tratando de pasar desapercibidos, dependiendo del salvoconducto necesario para avanzar entre distintos feudos y señoríos. Su primer destino, a través de Rabat-Salé, fue alcanzar Marrakech, de donde viajaron a Tarudant para unirse a una de las escasas caravanas que entonces viajaban al sur. Allí cambiaron sus ropajes por los más adecuados de los camelleros y alcanzaron Tinduf, donde **Benítez** identificó abundantes productos sudaneses: oro en polvo y barra, plumas de avestruz, marfil, tejido de algodón, animales salvajes y esclavos, según dice, la mercancía más productiva. Varias

semanas más tarde, en la salina de Taudenni, **Benítez** hace gala de sus estudios mencionando que encontró familias que descienden de las gentes que envió el sultán Ahmed al-Mansur, es decir, conoce la gesta de Yawdar y la dominación marroquí sobre la curva del Níger. Tomando la ruta del Yuf, el vientre del desierto, los viajeros pasaron por Arawan impresionados por los inabarcables espejismos de la región de *Almeráia*, el espejo. A partir de aquí, conforme se acercan a destino, la pista de las caravanas se les aparece trazada sobre la arena, los camelleros comentaron alegres suspirando por las frescas viviendas de la villa. La descripción que hace de la ciudad es completísima y bastante acertada, no tendríamos lugar para mencionar más que un par de detalles. Rememora las visitas de **Caillié** y **Barth**, y menciona al kunta **Abidin al-Bakkay**, hijo del protector de **Barth** y personaje de prestigio que por esta vez no tiene que alojar cristianos en busca de problema. Asimismo, entre el hormiguero de gente de diversa procedencia, va a retratar al grupo arma con precisión, pero también con el estereotipo racista de la época, dando correcta interpretación del significado de la palabra: tirador o escopetero. Su cita resulta imprescindible para los africanistas españoles:

Los ermás dicen ser descendientes de los antiguos árabes que, desterrados de España, se refugiaron en Fez, Tetuán y Rabat, y acompañaron al sultán Muley Ahmed el-Dahabi a la conquista del Sudán, los cuales, terminado esta, se establecieron en Tombuctú, llegando a degenerar en el tipo negro, como hoy se ve, por mezclarse con los naturales, si bien conservan la regularidad de sus facciones y algunos rasgos característicos de la raza de la que proceden. Estos son los más nobles y considerados de la población; y entre ellos es, por lo regular, escogido el kahíya o gobernador de ella, bien sean los tuaregs, los fulani o los bambara, los que dominen la ciudad. En 1880 el gobernador era Kahíya Mohamed Errami, persona digna que guardó muchas atenciones con nosotros.

Muchos eran los intereses geoestratégicos que entraban en juego en el reparto de África que estaba en ciernes y, como podemos comprobar, si los textos franceses, ingleses o alemanes se olvidan de mencionar el contingente peninsular de Yawdar e identifican el grupo arma con los marroquíes, **Benítez**, por su parte, que demuestra saber que muchos “ermás” eran descendientes de los expulsados moriscos, imbuido de la tradición historiográfica española les llama “antiguos árabes”, ya que aquellos mudéjares musulmanes bautizados por decisión del Cardenal Cisneros nunca tuvieron derecho a ser ciudadanos de la España católica, ya fueran cristianos sinceros o musulmanes a escondidas, sino tan solo descendientes de los árabes invasores del siglo VIII. Por esta misma razón, todavía no podrá reclamar **Benítez** el honor de la gesta militar para España, como en el siglo XX habrá de hacer Ortega y Gasset, llamándoles nuestros nobles parientes. En consonancia con el interés que mostraron otros europeos hacia el comercio y los recursos, el beneficio de su viaje estaría en interesar al capital en el provechoso comercio que se podría realizar desde las plazas españolas en el Sahara Occidental. Quizás el tema más sorprendente que podemos mencionar con respecto a la travesía hacia San Luis sería la presencia de caravanas con personas para la venta con destino al mercado costero, donde los franceses los compran para liberarlos y así engrosar un cuerpo del ejército colonial que llamaron Tiradores de Senegal. Tras once meses de viaje Alí Butaleb se despidió en el puerto. Los otros dos embarcaron en un paquebote cargado de cacahuate y goma de acacia en dirección a Europa, pero mientras **Lenz** completó el viaje, **Benítez** desembarcó en la escala de S. Cruz de Tenerife y navegó a Mogador-Essauira, donde escribió y está enterrado.

Luis Temboury lvtemboury@gmail.com